

Guzmán habían obtenido en ella por sus buenos servicios el grado de generales de brigada, y Corona recibió al mismo tiempo el despacho de general de brigada efectivo, cuyo grado le había sido conferido anteriormente por el general Doblado.

“Los imperialistas ocuparon entonces los tres distritos del Rosario, Concordia y Mazatlán, de los que deberían, sin embargo, ser en breve desalojados, al volver á la carga los republicanos, como veremos más adelante. Los franceses despacharon de la Noria para San Ignacio ciento y tantos hombres que sólo llegaron hasta Cabazán; y de allí se adelantó el jefe francés con algunos oficiales y particulares imperialistas; entró á la villa que encontró abandonada y sin más habitantes que unos cuantos ancianos encargados de cuidar las casas; en ella permaneció cosa de una hora, y retrocedió en seguida á la Noria, de donde nunca después pasó el enemigo extranjero.”

CAPITULO XXVII.

1865.

JUNIO A SEPTIEMBRE.

Regresa el señor Loza á Sinaloa. Viaje de Castagny y nombramiento militar en favor de Aymard. Sus disposiciones militares. Es nombrado comisario imperial el general Gamboa. Rosales y Corona mandan comisionados á Juarez. Pronunciamiento de Rosales en Mocorito. Conferencia entre Rosales y Rubi. Sus resultados. Juárez aprueba el nombramiento de Rubi. Corona se retira á Durango para abrir una nueva campaña. Disposiciones del gobierno general. Regresan al Estado las fuerzas de Corona. Rubi sale á batir á Rosales. Son derrotadas las avanzadas de éste. Rasgo de patriotismo de Rosales. Pide retirarse á Alamos para batir á los traidores. Rubi acepta. Convenios de Mocorito. Sale Rosales para Sonora. Conferencia entre Rubi y Corona. Nueva organización militar. Martínez es herido en Sinaloa. El comisario imperial llega á Mazatlán. Rosales avanza para Sonora. Sus jefes y oficiales. Pasa á Navajoa. Desmoralización de las fuerzas republicanas. Marchan á Choix. Desbandamiento del batallón “Alamos.” Rubi y Corona hostilizan á Rosales. Marcha éste al Fuerte en busca de recursos. Se dirige á Alamos. Es derrotado y muerto por los traidores. Versiones sobre la muerte de Rosales. Como la refiere Buelna, Sosa y Avila y Cano. La verdad histórica sobre este asunto. Fin del capítulo.

MIENTRAS tenían lugar en el norte del Estado los desagradables sucesos á que se ha hecho referencia

en el capítulo anterior, regresaba á Mazatlán el dos de junio el obispo de la diócesis don Pedro Loza, desterrado como se recordará por el general Vega, y el catorce del propio mes tomaba el mando militar de la plaza, por ausencia del general de Castagny, el general barón de Aymard, "persona muy estimable—según *El Correo de Mazatlán*—por sus honrosos antecedentes, por su bello carácter y finas maneras."

El barón de Aymard principió á organizar militarmente el distrito de Mazatlán y los del sur hasta donde llegaba su dominio, y al efecto destacó 500 hombres para que fueran de guarnición á la Noria; mandó igual número de fuerzas francesas á Concordia, se hizo fuerte en Mazatlán con 1,500 soldados, y el quince de julio embarcó para Guaymas el resto del 51 regimiento de línea que tenia en la plaza. Por esta época anunciaba el periódico oficial del departamento, que había sido nombrado Comisario imperial de Mazatlán el general reaccionario don Manuel Gamboa, y que iba en camino para tomar posesión del alto empleo con que lo había agraciado S. M. I. Maximiliano I.

Brillante oportunidad tenian los franceses para organizarse militarmente, pues los jefes republicanos, distraídos con sus disgustos personales, no atendían por aquellos dias á sus deberes patrióticos. En efecto, Rosales al dejar el poder en manos de Rubí, salió de Culiacán para Chihuahua á conferenciar con el presidente Juárez, pero resolvió detenerse en Mocolito, y de allí mandó en comisión cerca del gobierno federal al general don Joaquín

Sánchez Román, lo cual obligó á Corona á enviar á don Francisco Sepúlveda para que lo defendiera de los cargos que sin duda formularía contra él el comisionado de Rosales. Este infortunado general, profundamente disgustado por la conducta de Rubí y Corona, se pronunció contra el nombramiento de gobernador, declaró en un manifiesto que asumía el mando político y militar del Estado, é invitó á Rubí para que tuvieran una conferencia en la villa de Mocolito y acordaran la manera de batir en combinación al enemigo extranjero y á las fuerzas de Corona. Además ofrecía á Rubí el gobierno político y él asumía el mando militar, entretanto el gobierno general daba sus órdenes y ponía fin á la situación equívoca en que se encontraba el Estado. En el citado manifiesto decía Rosales que por razones de dignidad había renunciado el gobierno de Sinaloa, y que fiado en el patriotismo de sus conciudadanos asumía de nuevo el poder y ordenaba la organización de infanterías en los distritos del norte, á los tenientes coroneles García Granados y Miranda.

El general Rubí por su parte accedió á tener una conferencia con Rosales, pero de ésta resultó que el gobernador, sin transigir con el vencedor de San Pedro, se retiró á Culiacán, y allí, de acuerdo con Corona, tomó la resolución definitiva de continuar al frente del gobierno, mientras el presidente de la República daba sus órdenes. Por consejo de Corona, Rubí separó de la Secretaría de Gobierno al licenciado Ricardo Palacios, sustituyéndole con don Fortino España, y se dispuso á batir á Rosales

en caso de que continuara alterando la armonía que debía reinar entre las fuerzas republicanas.

Después de tomar todas estas disposiciones, el general Corona regresó á Tamazula para combinar con los generales Patoni y Carbajal un nuevo plan de campaña en el Estado de Durango, y se ocupaba en poner en práctica estos proyectos militares, cuando recibió noticias de que el gobierno federal había aprobado el nombramiento de Rubí para gobernador y la retirada de las fuerzas sinaloenses para Durango; pero convencido poco después el presidente Juárez de que no era conveniente dejar al Estado á merced del ejército extranjero y de los partidarios del imperio, dió orden á Corona de que contramarchara y de que abriera en él una nueva campaña. En virtud de estas órdenes, Corona, al frente de sus brigadas, se dirigió á Sinaloa, á mediados de julio, por la via de Guadalupe y Calvo, en donde fué cordialmente recibido y auxiliado por sus patriotas habitantes, y en agosto llegó á Badiraguato con sus tropas bien descansadas y bien municionadas.

El general Rosales, entretanto, había continuado en su actitud hostil, y esto obligó á Rubí á salir á batirlo en persona, dejando ínterinamente el mando militar de la plaza de Culiacán al teniente coronel Juan de Dios Rojas. La columna que llevaba el gobernador del Estado estaba compuesta de 150 infantes al mando del coronel Francisco Tolentino y dos piezas de artillería de montaña. Los caballos de Tolentino batieron y derrotaron á las avanzadas de Rosales, haciéndoles dos muertos y diez

prisioneros, y Rubí se preparaba á salir de Mocorito para Sinaloa, en donde se encontraba Rosales, cuando recibió unos comisionados y unas cartas oficiales de éste, en las que le comunicaba que por extraordinario violento que acababa de recibir del Prefecto de Alamos, don Francisco Ferrel, sabía que aquella ciudad sonorensé estaba seriamente amagada por una columna francesa que acababa de desembarcar por el puerto de Guaymas, y que se ocupaba en levantar en armas á los yaquis y mayos á favor del imperio, y que era casi seguro que los soldados extranjeros, unidos á los indios, se dirigirian sobre Alamos, en donde no había elementos de defensa y reinaba un pánico terrible. Los comisionados de Rosales manifestaron á Rubí que aquel jefe estaba dispuesto á sacrificar todo á la defensa de la patria, y que por lo tanto se retiraria á Alamos á prestar sus servicios militares, en vez de dar el escándalo de derramar la sangre de los republicanos en un combate que no tenía razón de ser. Rubí accedió desde luego á la pretensión de Rosales, y prometió á éste tratar benévolutamente á los pueblos que habían sido partidarios de su rebelión.

Creemos que esta noble conducta de Rosales no es preciso elogiarla; hay rasgos tan caballerescos y patrióticos en toda la vida militar del vencedor ilustre de San Pedro, que este detalle sólo sirve para comprobar, una vez más, cuán digno es él de la apoteosis de la historia y de la veneración que inspira su recuerdo á un pueblo agradecido.

En virtud de los convenios de Mocorito, Rosales salió con sus fuerzas para Sonora el dos de agosto, y el cuatro

del propio mes marchó Rubí á ocupar la plaza de Sinaloa, destacando de allí á Tolentino para el Fuerte con sus caballerías, con el fin de restablecer á las autoridades con que podía contar el gobierno.

De regreso Rubí en Culiacán, después de su expedición al norte del Estado, fué citado á Badiraguato por el general Corona, y allí convinieron, en virtud de las circunstancias porque atravesaba Sinaloa, que las fuerzas republicanas se desparramaran por todo el territorio del país, tanto para no agotar los recursos de los pueblos, cuanto para extender la área de sus operaciones. "A consecuencia de esto dispuso Corona que el general Martínez saliera con su brigada de caballería á situarse en los distritos de Sinaloa y Mocerito; que en el Fuerte quedaria con el escuadrón "Guías de Jalisco" el teniente coronel Francisco Tolentino; que en Culiacán permaneciera con la brigada de su mando el general Rubí, dejándole en lugar del batallón "Hidalgo" que estaba en Cosalá, el batallón "México"; que el general Gutiérrez se pusiera en marcha, con su brigada, por el camino más recto, á Cosalá; que se estableciera en Badiraguato la maestranza que se hallaba en Tamazula, y que la compañía de Ajoja, agregada al batallón "Degollado," fuera dada de baja para volver á su pueblo, y si era posible, que marchara á engrosar el batallón que estaba á las órdenes del coronel don Luis Vega, preecto y comandante militar de aquel distrito. Este jefe marchó con su cuerpo, advertido de comunicar al general Corona cuanto ocurriera por su línea, ó de replegarse al cuartel general cuando las circunstancias lo exigieran. Fueron nombrados teniente co-

ronel de aquel batallón don Antonio Armienta, y para la mayoría don Sotero Osorno. El mando en jefe del batallón "Victoria" fué encomendado al coronel de guardia nacional don Atanasio Aragón, á quien se confió, además, el mando político y militar del distrito de Cosalá, quedó de segundo en dicho cuerpo el teniente coronel graduado don Onofre Campaña. Pasada la revista de Septiembre de 1865, se encargó á todos los jefes el aumento y disciplina de sus respectivos cuerpos, y el cuartel general marchó á establecerse en Cosalá. (*Ensayo Histórico*).

Obedecidas las anteriores disposiciones del general en jefe, Martínez pasó á Sinaloa, villa de corta población, y fué allí donde, por estos días, ocurrió un atentado escandaloso que infundió graves temores entre los habitantes pacíficos y que burló fuertemente la disciplina militar. Es el caso que el general Martínez se encontraba sentado en un sillón, á la orilla de la banqueta de su casa, como se acostumbra en la época ardiente del verano, cuando alevosamente fué herido en la caja del cuerpo por su subalterno el comandante Eulogio Parra, quien trataba de asesinarlo para vengar alguna ofensa de carácter privado. Martínez fué trasladado á Mocerito para su curación, y Parra no sufrió ningún castigo por el grave atentado cometido sobre la persona de su jefe. Todo esto influía para que se relajara la disciplina militar y para justificar los reproches que hacían los imperialistas á las fuerzas de Corona.

Entretanto Mazatlán presenciaba una extraña ceremonia oficial, que causó profundo disgusto en la pobla-

ción. Es el caso que el lunes veinticinco de agosto desembarcó en el puerto el Excmo. Sr. Comisario Imperial de la 8ª división territorial, general don Manuel Gamboa, y desde el muelle fué recibido con teatral aparato por el general reaccionario don Pedro Espejo, á quien ya conocen los lectores. El día veintitres hubo otra ceremonia oficial para felicitar al señor Gamboa, presidida por el prefecto del Departamento, y en la cual figuraron los empleados civiles y militares. En esta ocasión hizo una profesión de fé y formuló el programa de su gobierno el Comisario imperial, de acuerdo con las instrucciones recibidas por Maximiliano, y que constan en la circular de 22 de agosto.

Después de todo esto debía sobrevenir el acontecimiento más desgraciado de que tiene recuerdo la historia de Occidente, causado por la muerte del general ilustre que escribió en esa historia la más gloriosa de sus páginas. Solicito siempre el caudillo de San Pedro para llevar sus armas á donde quiera que había un enemigo de la patria. emprendió una marcha para el Norte del Estado en los momentos solemnes en que iba á combatir en defensa de su amor propio, de su autoridad y de su vanidad militar. Pero era preciso sacrificar todo por el más dominante de sus sentimientos, el patriotismo, y hé aquí por qué se lanzó á aventuras caballerescas, cuando ya soplaban sobre sus cabellos los vientos del infortunio.

Rosales con los quinientos hombres que había reunido en Sinaloa, llegó al Fuerte en los primeros días de agosto, y de allí se dirigió á Alamos donde se le incorporaron el coronel Rosalío Banda, el coronel Antonio Molina,

el teniente coronel Jorge García Granados, el comandante Doroteo López y otros oficiales acreditados por su valor en los campos de batalla. El caudillo republicano pudo organizar en aquella población sonorensé un nuevo batallón que puso á las órdenes de Granados, quien fué sustituido después por el coronel Antonio Molina, médico jalisciense, liberal ilustre, soldado valiente de la guerra de Reforma á quien Juárez debió su salvación en Guadalajara, cuando estalló el motín de Landa, y que se encontraba en Alamos desempeñando la Secretaría de la Prefectura y entregado al ejercicio de su profesión. Rosales vió con dolor que la moral de su fuerza se minaba debido á los activos trabajos de los imperialistas, que lo era toda la población alameña, y después de regresar del pueblo mayo Navajoa, quiso saber con qué elementos podía contar en el caso de un combate, y fué por esto que ordenó de súbito una marcha para Choix, Estado de Sinaloa. Con profundo disgusto se convenció el caudillo republicano de que habían fructificado los consejos de los traidores, pues en la primera jornada se desbandó el batallón "Alamos", lo cual él no quiso ni pudo evitar, pues ya antes había dicho que el patriotismo no se desarrolla á latigazos.

Refundidos en el otro cuerpo los pocos reclutas que quedaron del citado batallón, Rosales ocupó á Choix, en donde tuvo que conceder licencia al coronel Rosalío Banda para que se separara del servicio, y en donde le abandonaron otros muchos oficiales bajo frívolos pretextos, pero en realidad porque vieron muy comprometida la situación de su ilustre jefe que, no obstante su patrio-

tismo, era hostilizado por Corona y Rubí. Deseando aquel sacar recursos y elementos de guerra para continuar la campaña, se dirigió al Fuerte en donde fué mal recibido por las autoridades puestas allí por el general Rubí, y ya desesperado por la conducta de personas que ni le comprendían y lo molestaban sin cesar, se decidió á volver á Alamos con sus 280 hombres, plaza que estaba ocupada por numerosas fuerzas imperiales á las órdenes de don José María T. Almada. El veintitres de septiembre, en la tarde, llegó á la ciudad que había sido abandonada por los traidores, cuando supieron su aproximación; pero en la mañana siguiente se vió acometido por el enemigo en las calles de la población, y después de una lucha tan breve como sangrienta, fué completamente derrotado y muerto en el combate, en compañía del doctor Molina, del teniente coronel González y de muchos oficiales, entre los que escapó milagrosamente el teniente Joaquín Fuentes, que fué el último testigo del desastre que sobrevivió al heroico general Rosales, á cuyo lado luchó hasta los últimos instantes.

Hay muchas versiones sobre la muerte del vencedor de San Pedro, las cuales vamos á referir á continuación, dando al final de este capítulo la que, en nuestro concepto, merece más crédito, aunque no consta en ninguna obra histórica. El señor Buelna dice que Rosales, para resistir al enemigo, dividió toda su fuerza en tres partidas, la caballería al mando de Gómez Llanos, una sección de infantería á la del coronel Molina y la otra al suyo propio, haciéndolos marchar inmediatamente á

los puntos que les tocaba defender, pues el enemigo ya llegaba en esos momentos á las cercanías de la población.

“Por un largo rato fué acompañando á Molina que se dirigía con su fuerza al lugar que se le había señalado, y poco después de separarse de él para incorporarse á la suya, que por otro rumbo marchaba á su destino, recibió en la caja del cuerpo un balazo que le fué tirado desde la casa de moneda por un español llamado Moratín, pero pudo continuar su marcha hasta reunirse con su tropa.

“A poco rato, Molina, que ya había entrado en lucha con el enemigo, fué herido gravemente, apesar de lo cual seguía animando á sus soldados al combate; pero pronto fué á caer moribundo en los escalones del portal exterior de la casa habitada por la familia de la joven que se decía ser su novia, y allí fué bárbaramente rematado por los asaltantes, siendo su cadáver recogido por la misma familia.

“Por otro lado Rosales veía ya como indudable el desastre de la jornada; la caballería de Gómez Llanos, enviada por él á desalojar al enemigo de un pequeño cerro inmediato, había huido sin combatir, y luego la fuerza que él mismo conducía, era ya acosada á retaguardia por la tropa que acababa de derrotar á Molina, y comenzaba á entrar en dispersión; así es que, mal herido como estaba, se desmontó y escurrióse tocando las puertas de las casas inmediatas para pedir asilo, hasta que llegó al zaguán del frente trasero de la casa de don José María Almada, padre del jefe asaltante, donde tampoco le abrie-

ron, pues en tales circunstancias no es fácil saber quien llama ni el abrir carece de peligro.

"En esto aparece un indio, soldado imperialista, á quien Rosales disparó á cinco pasos de distancia los tiros de su pistola, y aguardando con la impasibilidad característica de su raza á que acabaran los disparos, *entonces acabó de matar cruelmente á palos al que había sido generoso vencedor de los franceses.*"

El señor G. J. Cano, refiriéndose al relato copiado arriba se expresa en estos términos:

"Lo que antecede es bastante exacto. Sólo me permitiré hacer dos pequeñas rectificaciones á lo dicho por el docto publicista Sr. Lic. Buelna, y son las siguientes: que el zaguan de la casa que mandó tocar el Gral. Rosales á un irlandés llamado Patricio, fué el de una casa que entonces pertenecía á D. Fernando GüerePa; y que no fué un indio el que mató al Gral. Rosales, sino una columna compuesta de varios indios. En cuanto á que alguno de ellos reinatara ó acabara de matar á palos al héroe de San Pedro, no lo presencie, pero es muy posible que así sucediera, porque el valeroso é intrépido Dr. Molina, que se había quedado solo defendiendo la pieza rayada que había quitado Granados en San Pedro, así lo remataron con las culatas de los rifles cuando ya estaba agonizando."

En una polémica que con motivo de la muerte de Rosales se sucitó entre el citado señor Cano y el periodista sinaloense don Francisco Sosa y Avila, encontramos datos curiosos sobre este asunto, que en lo condu-

cente copiamos á continuación. Escribe el señor Cano:

"Dice este aventajado escritor (Sosa y Avila) al principiar su artículo: "Todos sabemos cómo murió el héroe legendario que dió á la patria, en San Pedro, un día de gloria inolvidable el 22 de Diciembre de 1864: atacado de imprevisto por fuerzas superiores, herido, muertos en desigual combate sus valientes, al querer conservar su vida, dedicada enteramente al servicio de la patria, (esto es enteramente exacto), tropezó con un indio atlético y salvaje que lo perseguía en el laberinto de las callejuelas de Alamos. Una vena de sangre coagulada cerraba los ojos del héroe y en vano disparó su pistola sobre su enemigo, disparando su último cartucho; un palo dió fin á su preciosa existencia." (Esto último además de ser enteramente falso, es injurioso para un valiente de la estirpe del héroe de San Pedro).

"El Sr. Sosa y Avila, por más que lo asegura, no sabe cómo murió el héroe, el invicto Rosales, y mucho menos sabe que este gran patriota jamás daba la espalda á sus enemigos aunque fueran millares, para que un indio atlético y salvaje lo persiguiera en el laberinto de las callejuelas de Alamos dando fin á su preciosa existencia con un palo."

"Si el General Rosales despertara del sueño eterno, lo primero que haría sería pedir las más serias explicaciones al Sr. Sosa y Avila por la injuria que le hace en las frases que dejo subrayadas."

"Para que el Sr. Sosa y Avila haga, en justicia, la rectificación correspondiente, debo decirle: que el Sr. General Rosales, después de una lucha encarnizada sostenida

en el extremo Sud-este de la loma de "Guadalupe," en donde recibió un tiro en un muslo, se fué hacia el extremo opuesto, apeándose del caballo y sentándose contra la tapia de una casa, cuyo zaguán mandó tocar para entrar; en esta situación lo sorprendió una columna de las fuerzas enemigas que descargó sus armas sobre él, muriendo allí acribillado á balazos, y no huyendo de un indio atlético como le han informado".

El mismo señor ingeniero Sosa y Avila, dice que en Sinaloa corre una versión horrible sobre la herida que el general Rosales recibió en Alamos, y al referir dicha versión se expresa así:

"Dicen que poco antes de comenzar el ataque estuvieron Rosales y Molina en la Casa de Moneda en compañía de los empleados de la misma casa; allí se encontraba un bribón español carlista llamado Moratín y un sacerdote llamado Pastor. Brindaron algunas copas, Moratín apretó las manos de los valientes militares; pero apenas salieron éstos para ponerse al frente de sus respectivas columnas, Moratín desde la azotea de la Casa de Moneda comenzó á hacerle disparos á Rosales con un rifle, cuyas detonaciones se confundían con las de los enemigos. A cada disparo aplaudía el padre Pastor; ya el lector habrá reconocido el instigador de aquella negra hazaña. Al fin Rosales fué herido en el muslo, y por el dolor y la hemorragia le fué imposible contener el empuje de los asaltantes. Lo demás ya lo hemos referido. Si el hecho es verdad, ¿no establece tal asesinato cierto grado de culpa de toda una sociedad, que se sabe gobierna el clero más alle de lo necesario?"

De todas estas versiones la que más se aproxima á la verdad histórica es la del señor Cano, pues es enteramente exacto que Rosales se hizo fuerte en la loma de Guadalupe, en donde lo hirieron en el muslo. Allí mismo, á pesar de la hemorragia, continuó batiéndose con los pocos valientes que le acompañaron, y desalojado de ese punto, fué nuevamente herido en el cuerpo por los últimos tiros que le dispararon. Entónces se replegó á la casa de unas señoritas cuyo nombre no puedo recordar, con el objeto de pedir agua para lavarse las heridas é ir á incorporarse con las caballerías de Gómez Llanos que él suponía que no habían defecionado, pero en esos momentos fué sorprendido por Fortino Vizcayno y un hijo de don José María Almada, los que acabaron á balazos con la preciosa existencia del héroe, á quien acompañaba el teniente Joaquín Fuentes. Instantes después llegó una partida de indios que golpeó y profanó el cadáver del caudillo republicano, como antes habían profanado el de Molina, dejando en el campo á Fuentes que se fingió muerto y que estaba acribillado á balazos. Este oficial fué recogido y curado por las señoritas á que antes nos referimos, y después de una penosa y larga convalecencia logró restablecerse por completo y siguió prestando sus buenos servicios á la causa de la independencia nacional.

Se ve por todo lo anterior, cómo terminó la preciosa existencia del más ilustre jefe de cuantos defendieron la reforma y la república en Sinaloa. Causa hondo disgusto recordar la saña criminal con que fué tratado el cadáver del héroe, precisamente por los que no tenían sino epíte-

tos denigrantes para las tropas republicanas, por los que llamaban bandido á Corona y salvaje á Martínez. Pueden estos jefes haber cometido todos los excesos que se les atribuyen, pero, en cambio, jamás cometieron actos terriblemente inhumanos como los imperialistas de Alamos, y todas sus faltas tendrán siempre una disculpa por la causa bendita que ellos defendían y que ampara todos sus errores: la causa de la patria!

CAPITULO XXVIII.

1865.

SEPTIEMBRE A OCTUBRE.

La muerte de Rosales.—Cómo la juzgaron sus enemigos.—Palabras de "La Estafete" de México. Honores póstumos decretados al general Rosales por el gobernador Domingo Rubí. Exequias en la iglesia de Culiacán. Rosales es declarado benemérito del Estado de Sinaloa. Demostraciones de simpatía por nuestro héroe. Su estatua en el Paseo de la Reforma de México. La Legislatura decreta que se le erija un monumento en Culiacán. Epoca del nacimiento de Rosales. Su fe de bautismo. Rosales íntimo. Algunas anécdotas sobre su vida. Su contestación al coronel Guiltian. Su duelo con Martínez Valenzuela. Anécdota de la "Reforma." Aventuras amorosas. Rosales como hombre honrado. Sus defectos y sus cualidades. El héroe predilecto del pueblo sinaloense. Consideraciones generales sobre la vida de Rosales. Héroe y heroínas de la guerra de Reforma é Intervención en Sinaloa. Algunas palabras sobre los sucesos que siguieron á la muerte de Rosales. Fin del capítulo XXVIII y de la obra.

La muerte del general Rosales causó honda sensación no solo en las filas republicanas, sino en el ánimo de los imperialistas, quienes tuvieron la sinceridad de hacer